

CRÍTICA RADICAL FEMINISTA A LA CULTURA

Gemma del Olmo Campillo

Universidad de Zaragoza

gdelolmo@unizar.es

Resumen:

Una de las críticas más persistentes hacia la cultura y las injusticias que esta legitima son las desarrolladas por las teorías y las prácticas feministas. Mencionaré algunas autoras particularmente relevantes y con presencia en los discursos feministas actuales. Me centraré sobre todo en el feminismo que propone la necesidad de cambiar el sistema y la cultura de forma radical como única forma de construir una sociedad más justa. Esa propuesta comienza por transformar completamente las vidas de quienes integran este movimiento feminista.

Palabras clave:

Feminismo, crítica cultural, violencia estructural, discursos deslegitimadores.

Abstract:

Some of the most persistent criticisms of culture and its legitimised injustices are the theories and practises developed within feminist thought. This text will draw attention to some particularly relevant authors who are present in current feminist discourse. The text will focus primarily on feminist calls for a radical transformation of the system and culture as the only mode of constructing a more just society. For the authors mentioned this proposition begins with a complete transformation of their own lives.

Key words:

Feminism, Cultural criticism, Structural violence, Delegitimised discourses.

Recibido: 01/04/2016

Aceptado: 04/05/2016

Una de las situaciones de injusticia social más clara y continua en el tiempo ha sido la discriminación de las mujeres. Gracias a las reflexiones feministas, es hoy evidente que la opresión a la que a lo largo de la historia se ha sometido a las mujeres les ha llevado a tener vidas mucho más duras y difíciles que las de los hombres. Las distintas sociedades han elaborado un sinfín de discursos que intentaban legitimar esta subordinación para encontrar así pocas resistencias, de manera que las formas en que se justificaba y argumentaba dicha sujeción variaban según la época, la raza, la clase social, la edad, etc., lo que supone una sorprendente capacidad de adaptación de los discursos a las necesidades últimas de los mismos, que en este caso era el convencer a las mujeres de que obedecieran su rol social de subordinación sobre el que debía asentarse el poder y los privilegios masculinos.

Es evidente que hay una expectativa social muy influyente que determina en gran medida las ilusiones y esperanzas de las mujeres. Es una presión muy clara con la que se consigue que muchas cumplan con lo que se espera de ellas. Pero estas coerciones no siempre han obtenido resultados perfectos, de modo que a lo largo de las distintas épocas y culturas ha habido un número relevante de mujeres que se han resistido y han intentado cambiar la situación, cada cual utilizando los medios que tenía a su alcance y confiando en elementos muy diversos entre sí como impulsores de la transformación necesaria. Así, unas reivindicaban una educación igualitaria para hombres y mujeres, otras confiaban en que las transformaciones necesarias llegarían cuando las mujeres tuvieran derecho al voto, también había quienes apostaban por desobedecer las normas y costumbres sociales, y quienes querían hacer un cambio completo y profundo del sistema, porque para ellas, esa era la única forma de conseguir una sociedad más justa y equitativa. Por supuesto, en muchas ocasiones un mismo grupo defendía varios de estos objetivos.

Se trataba de reclamaciones que no solían ser bien acogidas, molestaban y resultaban desagradables para los representantes del poder. Pero gracias a la perseverancia y coraje de muchas de ellas han sido posibles numerosas transformaciones sociales de las que hoy disfrutamos hombres y mujeres.

Los logros sociales obtenidos gracias a su impulso renovador han sido enormes, y me gustaría detenerme en algunos de los análisis y críticas que, en mi opinión, suponen una interpelación incluso en la actualidad porque, aunque la sociedad haya cambiado mucho desde la época a la que me voy a referir (la década de 1970), lo cierto es que no se han conseguido las transformaciones necesarias y volver a estos análisis puede ser útil para ver en qué medida están aún vigentes, cosa que precisamente hacen algunos de los feminismos más activos hoy.

Me voy a centrar en unas pocas autoras, especialmente en aquellas que apostaron por un cambio radical en la cultura como un paso imprescindible para conseguir una sociedad más justa y equitativa, aunque para ello primero me parece necesario mencionar antes otro feminismo, el llamado liberal, del que recogeré algunas aportaciones de la importante obra de Betty Friedan, pues ciertas afirmaciones suyas supusieron el inicio del debate que se estableció con el feminismo radical y, en este sentido, forman parte de sus comienzos, lo que puede ayudar a comprender el motivo por el que surgieron estas propuestas tan críticas con la cultura.

BETTY FRIEDAN Y SU APUESTA POR EL REFORMISMO EN LA SOCIEDAD ESTADOUNIDENSE

En 1963 Betty Friedan publica *La mística de la feminidad*, una obra que da un nuevo impulso al movimiento feminista de Estados Unidos. En dicho texto, Friedan expone algunos de los mecanismos por los que a las mujeres estadounidenses de los años 50 del siglo XX se las convencía para que pensaran que su meta principal tenía que ser únicamente la de ser buenas esposas y madres, nada más. Mostró el alcance y magnitud del aparato ideológico dirigido principalmente hacia las mujeres blancas, jóvenes, de clase media y heterosexuales, que las persuadía de que su máxima aspiración debía ser exclusivamente servir a su marido y a su familia, eso era todo.

Ese aparato ideológico tenía éxito y, en efecto, muchas de ellas se esforzaban en adaptarse a lo que la sociedad reclamaba de ellas, pero ese esfuerzo conllevaba anular todo deseo que no fuera el designado por la sociedad. Toda aspiración que no tuviera que ver con el matrimonio o la maternidad debía quedar abandonado y desplazado, con el consiguiente coste emocional y personal. La renuncia a los propios deseos y a la propia personalidad para adaptarse al “modelo” de mujer fomentado desde la estructura social fueron demoledores para la psique de muchas mujeres, como pone de relieve Friedan. Las mujeres entrevistadas en esta obra sabían que había algo que no funcionaba bien, no se percataban exactamente en qué consistía, pero sabían que algo iba mal, era lo que Friedan llamó “el problema que no tiene nombre”. Ese problema en realidad era algo que viene ocurriendo en la sociedad desde la antigüedad: a las mujeres se les dice lo que tienen que hacer y ser, de una manera mucho más restrictiva que a los hombres. No se les deja espacio de libertad y de desarrollo personal, su vida debe estar en función de la de los demás, al servicio de sus familias y maridos, sin más aspiraciones posibles. En esos años, a las mujeres se les dificultaba socialmente toda pretensión de trabajo o de educación. A pesar de que podían estudiar en las universidades y que ya podían votar, la comunidad se esforzaba por obstaculizar cualquier desarrollo de las capacidades de las mujeres que no fuera el de estar al servicio de la familia.

Los recursos para convencer a las mujeres eran múltiples, desde el menosprecio de sus habilidades intelectuales o físicas, hasta la idealización de su papel como madres y esposas (Friedan, 1965: 269). Los distintos mecanismos sociales: publicidad, sistema educativo, películas, revistas, creencias, etc., apoyaban la ideología que obstaculizaba cualquier intento por parte de las mujeres de desarrollar sus aptitudes o buscar su felicidad y libertad fuera de los cauces establecidos. Una de las mujeres entrevistadas por Friedan señalaba que las expectativas sociales hacia las mujeres anulaban su personalidad (Friedan, 1965: 35). Las posibilidades de tener una imagen de sí lejos de las labores de esposa o de madre quedaban entorpecidas y dificultadas de manera muy evidente.

Reiterativamente, las novelas de las revistas femeninas insisten en que la mujer solo puede sentirse en la plenitud de su feminidad en el momento de traer un hijo al mundo. Consideran nulos los años en que ya no puede tener la esperanza de engendrar, aunque siga practicando regularmente el acto carnal. De acuerdo con la mística de la feminidad, la mujer no tiene otra forma de crear y de soñar en el futuro. No puede considerarse a sí

misma bajo ningún otro aspecto que no sea el de madre de sus hijos o esposa de su marido (Friedan, 1965: 78).

No se trata de algo inocente, antes bien, esta ideología supone una enorme violencia hacia las mujeres porque al tratar de adaptarse a las expectativas sociales anulan la posibilidad de su propio crecimiento.

He visto a las mujeres norteamericanas tratando durante quince años de conformarse a él. Pero ya no me es posible negar por más tiempo mi conocimiento de sus tremendas complicaciones. No es un modelo inofensivo. Puede que no existan términos psicológicos para expresar el daño que está haciendo. ¿Pero qué sucede cuando las mujeres tratan de vivir según un modelo que las obliga a negar su propia mente? ¿Qué sucede cuando las mujeres forman su mentalidad de acuerdo con un modelo que les hace negar la realidad de este mundo cambiante? (Friedan, 1965: 82).

Friedan, en el libro *La mística de la feminidad*, pensaba que para cambiar esta situación era suficiente con mostrarla. Que poner nombre al problema de la mística de la feminidad y mostrar sus demoleadoras consecuencias para las mujeres era suficiente para que estas no se dejaran convencer por dicha mística y buscaran el desarrollo de sus aptitudes y de su libertad, pero no era tan fácil. En una obra posterior, Friedan se percató de que el cambio tiene que ser mayor de lo que pensaba y escribe:

La nueva experiencia de la mujer tiene que conducir a nuevas preguntas, con el fin de crear nuevos modelos, tanto en casa como en el trabajo, que permitan llevar una vida más humana y completa, no solo para ellas mismas, sino también para los hombres (Friedan, 1983: 77).

Friedan se dio cuenta de la necesidad de nuevos modelos sociales, pero serán otras autoras más radicales (a partir de los trabajos de Friedan aunque en discrepancia con ella) las que afirmen e insistan en que la inferiorización de la mujer está introducida hasta tal punto en la cultura que afecta a todos los niveles y aspectos de nuestra vida, y unos pequeños cambios en los roles no conseguirán modificar sustancialmente la situación.

FEMINISMO RADICAL ESTADOUNIDENSE

El debate entre el feminismo liberal y el feminismo radical surgió al considerar que unas pequeñas reformas, como el derecho al voto o al aborto, así como el acceso a la educación o al trabajo, no cambiaba prácticamente en nada la situación de la mujer en la sociedad. Así, Kate Millett afirma:

Cuando la personalidad tropieza con imágenes tan denigrantes de sí misma en la ideología, la tradición y las creencias sociales, resulta inevitable que sufra un grave deterioro. Teniendo en cuenta, además, el descrédito sutil pero constante que suponen cotidianamente para la mujer sus relaciones personales, las impresiones que recoge de los medios de información y la discriminación que padece en lo tocante a la conducta, al trabajo y la educación, no cabe extrañarse de que desarrolle ciertos rasgos de grupo característicos de los individuos que, en virtud de su posición minoritaria, llevan una vida marginada en la sociedad (Millett, 2010: 119).

Las mujeres no son un grupo minoritario en cuanto a número, todo lo contrario, pero sí lo son en cuanto al poder. Los puestos de poder ocupados por las mujeres son, en efecto, muy minoritarios, de manera que la cultura, la sociedad, las ideologías, las empresas, el capital, la política de los partidos, etc., son entidades dirigidas por hombres. Las mujeres son relegadas a llevar una vida con muchas menos oportunidades y el menosprecio hacia lo femenino es tal en la sociedad que muchas creen que es “justo” y “natural” que las mujeres ocupen lugares de subordinación y marginación.

La capacidad de las mujeres para corregir esta situación dirigiendo las reformas desde los puestos de poder es mínima, y los hombres desde luego no se mostraban muy interesados a la hora de llevar a cabo los cambios que ellas reclamaban. Y, sin embargo, era necesario modificar las cosas. ¿Qué se puede hacer?

El feminismo radical tuvo claro que las transformaciones tendrían que ser realizadas por las mujeres, por los sujetos que precisan de ellas, si de verdad querían llevar a cabo las modificaciones necesarias, y no solo pequeñas reformas que solo lograrían suavizar alguna situación de opresión. Dado que las mujeres no estaban en los puestos de poder y que la ordenación a través de relaciones jerárquicas había mostrado ser la fuente de muchas injusticias, la renovación debía realizarse lejos de estas estructuras, y desde abajo, por ellas mismas. Comenzando por sus propias vidas. Su propuesta consistió en grupos de trabajo, formados sobre todo por mujeres, en los que hablar de sus propias experiencias, de lo que de verdad les preocupaba, de lo que realmente querían en sus vidas y sentían la necesidad de cambiar, de lo que les hacía feliz y de sus relaciones afectivas.

Estos grupos de mujeres servirían para tomar conciencia de la situación en la que estaban y de las dificultades que la sociedad ponía a la libertad de las mujeres. A dichas reuniones se les dio el nombre de grupos de autoconciencia (*consciousness-raising*) (Sarachild, 1970: 78-80), y empezaron a surgir a finales de los años 60. En ellos no solo se tomaba conciencia de la situación a la que las mujeres eran inducidas por la sociedad, sino que también se intentaba que cada cual encontrara aquello que le hacía sentirse bien, esto es, que lejos de las convenciones y dictámenes sociales, se fomentaba que cada mujer buscara el camino de su libertad y crecimiento personal.

Pronto se dieron cuenta de las posibilidades abiertas por estos grupos. Querían crear una forma de organización completamente distinta de las que habitualmente habían sido realizadas por los hombres, de manera que empezaron a surgir centenares de organizaciones feministas sin líderes y sin jerarquías que luchaban por la libertad de hombres y de mujeres, bajo el convencimiento de que la lucha obrera y sindical solo había favorecido a los varones (Millett, 2010: 169).

Si querían hacer una transformación radical en la que no estuvieran excluidos los intereses y deseos de las mujeres, había que empezar por hacer las cosas de otra manera, con las mujeres como protagonistas, sin jerarquías y dando la oportunidad a todas de hablar y expresarse. Dar voz a las mujeres era el primer paso para saber lo que querían. A continuación también tendrían que ver la manera en que podían llevarlo a cabo, pero lo primero era dar forma a sus deseos sin que estos fueran determinados por la cultura ni por los roles sociales.

FEMINISMO RADICAL EN ITALIA

En Europa también surgieron estos grupos, y me gustaría detenerme en uno de los más interesantes e influyentes de la época: Rivolta Femminile, con Carla Lonzi como principal autora. En una carta dirigida a dos revistas feministas alemanas, con petición de publicación, el grupo de Carla Lonzi, Rivolta Femminile, firma el texto que traduzco a continuación.

Somos un grupo de feministas radicales nacido en julio de 1970 con la publicación de un Manifiesto. La necesidad de expresarse fue acogida por nosotras como sinónimo mismo de liberación. Rivolta Femminile nunca ha tenido líder, ni ha tenido organización ni estructura jerárquica, no tiene contactos con partidos políticos, no elabora ni se adhiere a ideologías, no participa en iniciativas reformistas, ni ve una vía de salvación en los mitos de la emancipación, y desde el principio ha comprendido la importancia de reunirse solo entre mujeres (Rivolta Femminile, 1978: 176-177, traducción mía).

Rivolta Femminile es el grupo feminista fundado en Milán por Carla Lonzi y Carla Accardi en 1970. Tuvo una intensa actividad, promovida principalmente por Carla Lonzi, que daba mucha importancia al trabajo realizado dentro de los grupos de autoconciencia. A partir del grupo de Milán surgieron otros grupos en Turín, Génova y Florencia (Lonzi y Jaquinta, 1985: 29).

Una de las características de este colectivo, y de Carla Lonzi en particular, es la confianza en las posibilidades de transformación social de estos grupos de autoconciencia. La mejor forma de darse cuenta de lo que supone la cultura y la sociedad para las mujeres es poner en común la reflexión sobre las experiencias significativas vividas, y analizar la propia situación, con ayuda de las demás integrantes del grupo. Esta es la mejor forma de que surja la conciencia de ser un sujeto político que puede hacer más de lo que cree para transformar su realidad y, con ello, hacer la aportación que le corresponde a cada cual para que sea posible una nueva sociedad más justa.

La conciencia de mí como sujeto político nace en el grupo, de la realidad que ha podido recoger una experiencia colectiva no ideológica. Haber logrado hacer existir este tipo de grupo nos ha dado la medida de nuestra capacidad de salir fuera de las estructuras y de los esquemas masculinos, de liberarnos de su poder de opresión, de comenzar a existir por lo que somos. No es más que un paso, pero de naturaleza política. Nos ha hecho entender qué es estar juntas potenciando ser sí mismas en lugar de traicionarse, nos ha permitido vivir un sentido de completud que históricamente nos faltaba como criaturas perennemente gregarias (Lonzi, 1978: 151).

Al igual que en Estados Unidos, los grupos europeos también mostraron su preocupación y reticencias respecto a la defensa de las libertades e intereses de las mujeres por parte de los movimientos de izquierda. La obra *Escupamos sobre Hegel*, de Carla Lonzi, es una clara muestra de ello.

Escupamos sobre Hegel lo he escrito porque me perturbaba el constatar que casi la totalidad de las feministas italianas daba más crédito a la lucha de clases y a la cultura marxista que a su propia opresión. Hoy ya no es así, pero es necesario recordar que me refiero a cuatro años atrás (Lonzi, 1975: 10).

En los años 70, en Italia, el movimiento feminista se vio muy influido por la ideología de izquierda y los intelectuales de las revueltas de 1968, pero pronto se vio que estos movimientos no tenían apenas interés por un cambio estructural y profundo de la situación de las mujeres. Para Carla Lonzi el motivo era muy claro: en toda ideología hay una clara jerarquía de los sexos (Lonzi, 1975: 17). De manera que ni en las ideologías revolucionarias ni en las conservadoras, ni en ninguna que sea producida por la cultura actual hecha por y para los hombres, hay lugar para una mujer libre. Únicamente fuera de esta cultura es posible que las mujeres puedan desarrollar su libertad, por lo que solo hay una posibilidad: acabar con la cultura actual. Y para ello, hay que iniciar un proceso de desculturación (Lonzi, 1975: 45).

La humanidad masculina se ha adueñado de este mecanismo cuya justificación ha sido la cultura. Desmentir la cultura significa desmentir la valoración de los hechos que constituyen la base del poder (Lonzi, 1975: 46).

A pesar de que la libertad que proponían estas feministas era una libertad para hombres y para mujeres, pronto se dieron cuenta de la gran cantidad de trabas (más o menos visibles) a las que tendrían que ir haciendo frente. Así, en un texto publicado por Carla Lonzi, titulado *Vai pure*, se puede leer la siguiente afirmación hecha por Pietro Consagra, compañero de Carla Lonzi:

De cualquier manera, tú quieres ser destructiva, destructiva también con lo que yo me nutro que es justo el objeto social o bien el objeto del poder o el objeto representativo o el objeto que me permite sobrevivir. Por eso en ocasiones yo siento que tú eres mi enemiga y tú sientes que yo soy tu enemigo (Lonzi, 2011: 112, traducción mía).

La puesta en cuestión de la cultura supone criticar muchas de las ideas de quienes habitan y sostienen esa cultura, supone que muchas personas que están alrededor se sientan interpeladas y atacadas en sus ideas, y por lo tanto, se pueden tomar las afirmaciones de estas feministas como un ataque a concepciones sociales que han hecho suyas. De manera que la propuesta de desculturación hecha por Carla Lonzi y por el grupo de Rivolta Femminile, y que podría ser en parte suscrita por otras feministas de la época, es un desafío lleno de dificultades porque critica la neutralidad, justicia e imparcialidad de los productos culturales, lo cual supone una desautorización de su idoneidad. Y esto no solo afecta a la propia vida de quienes forman parte del movimiento feminista, sino que también concierne a quienes están a su alrededor: familia, amistades, relaciones de trabajo, etc. Este cuestionamiento en muchas ocasiones puede ser interpretado como una traición a un código común. Un código compartido que puede ser injusto e inviable para muchas vidas, pero que en gran medida es compartido y forma parte de los lugares comunes de una sociedad. Es decir, para muchas feministas las amistades se podían transformar en rivalidades, y los vínculos afectivos podían volverse relaciones difíciles, con la consiguiente sensación de aislamiento. Y esto es lo que ocurrió en algunos casos. Así, de nuevo

Pietro Consagra, avisa a Carla Lonzi de que se está creando enemigos a su alrededor y le advierte: “¿Pero tú te das cuenta de que no resuelves nada, no ayudas nada, no participas en nada, solamente eres destructiva, y esto por qué? ¿Hacer un harakiri por qué motivo?” (Lonzi, 2011: 110, traducción mía).

La propuesta de estas mujeres por el cambio radical supuso una apuesta que alteró enormemente sus vidas, con las consecuentes pérdidas dolorosas que conlleva toda transformación. Se puede afirmar que, en general, los distintos feminismos han encontrado siempre muchas reticencias en la recepción de sus planteamientos que, por otra parte, iban encaminados a conseguir una convivencia más justa. Las resistencias hacia sus propuestas, además, no solo se producían entre los sujetos que tienen que renunciar a alguno de sus privilegios, sino que dichas reservas también se daban entre quienes en teoría verían mejorada su situación, de modo que no resulta fácil encontrar un reconocimiento explícito a la importante labor del feminismo, que ha formulado y persistido en la necesidad de cambios sociales para hacer un mundo más habitable. Así, Pietro Consagra afirma:

Nadie reconoce gratis a otro, ¿entiendes? Cada uno guarda para sí el reconocimiento. Uno no tiene ganas, si no le es arrancado de la boca, si no le conviene hacerlo... a ninguno le va el reconocer a otro (Lonzi, 2011: 40, traducción mía).

Probablemente, el reconocimiento de la importancia del feminismo y de las feministas es una tarea pendiente. Es evidente que hay un cierto rechazo social.¹ En ocasiones se considera que la crítica es demasiado cruda, poco comprensiva hacia una sociedad a la que le cuesta cambiar, pero, por otra parte, como afirma Audre Lorde, “los opresores siempre esperan que los oprimidos los traten con una comprensión de la que ellos adolecen” (2003: 51). Se espera del feminismo una suavidad en la expresión de las ideas que no se concibe en otros ámbitos. Así, Lonzi escribe:

¿Tal vez en otros campos es habitual reservar tratamientos blandos a quien debe tomar conciencia de prevaricar? ¿Por qué los ataques directos se mantienen suspendidos hasta que no se haya encontrado la forma de ajustarlos entre dos citas de Marx? ¿Por qué acercarse a los hombres como si fueran niños que necesitan recitar las propias verdades adoptando el lenguaje de sus libros de lectura? ¿Por qué esta gravedad, esta aflicción? Para hacerles entender, es decir, para no perder la conexión cultural. ¿Entonces cuál es la práctica que deteriora la Política (y las mayúsculas en general)? ¿La de “hacer preguntas que molestan al poder-saber constituido”, o bien hacer todos los gestos de expresión de sí y de reconocimiento de la otra que abran las puertas del limbo en el que las

¹ Un ejemplo de este rechazo lo podemos encontrar en la noticia titulada: “Acosan a jugadoras de rugby al grito de ‘feminazis, idos a limpiar’”. Los insultos y agresiones venían de jugadores del equipo masculino de rugby que estaban molestos porque las mujeres también jugaran ese deporte. La noticia es del 11 de marzo de 2016. <http://www.europa-press.es/madrid/noticia-empujan-insultan-jugadoras-rugby-ucm-grito-feminazis-idos-limpiar-20160311132842.html> [Consultado el 22 de marzo de 2016].

mujeres buscan, sin encontrarla, una encarnación real? (Lonzi, 1978: 141-2, traducción mía).

De modo que parece pertinente volver sobre los análisis realizados por estas autoras radicales toda vez que las políticas reformistas se han mostrado insuficientes. Si el problema es de índole estructural, como dicen ellas, que está en los mismos fundamentos de la cultura y, por tanto, se trata de elementos muy enraizados en ella, entonces parece sensato que, a la hora de hacer un análisis de la realidad social y proponer cambios satisfactorios, haya que contar con los análisis ya hechos en este sentido. En mi opinión, esto se hace ya en algunos debates actuales, y creo que tiene mucho interés saber cuáles fueron sus orígenes, pues ello nos permitirá conferir un sentido más adecuado a las propuestas actuales.

VIGENCIA DE LAS PROPUESTAS RADICALES

Las críticas feministas son análisis que resultan molestos porque ponen en evidencia nuestra complicidad en muchos de los comportamientos injustos que denuncian, y lo es mucho más cuando la propuesta que hacen las autoras pasa por una modificación radical de nuestra vida y de nuestras ideas, de los sistemas de valores y de la cultura en general. La resistencia a renunciar a los espacios de privilegio es indudable, incluso aunque de alguna manera seamos conscientes de que no son privilegios lícitos. Nos mostramos muy reticentes a la hora de reconocer la persistencia de prejuicios que considerados antiguos y ya superados, además de que se pone en evidencia que la sociedad occidental no es tan modélica en cuestión de derechos y libertades. Si a eso le añadimos una crítica profunda de la cultura en la que hemos nacido (que en muchos aspectos hemos hecho propia y defendemos), nos podemos hacer una idea de las dificultades a las que tuvieron que hacer frente las feministas radicales en la década de 1970, con su propuesta de la construcción de otra sociedad con valoraciones más justas y respetuosas hacia las personas, algo que, lamentablemente, sigue sin haberse logrado. El rechazo a los feminismos es demasiado generalizado, y en muchos casos visceral. Se trata de una animadversión que no se detiene a debatir si las propuestas son justas o no, o en qué medida afectaría a la población en su conjunto o si suponen demasiados cambios. Es un repudio que no pretende entrar en diálogo sino que desprecia toda crítica que contenga algún elemento feminista.² Por supuesto, el desdén es mayor cuanto más profunda sea la crítica o más aspectos pretenda modificar.

Con todo, a pesar de las dificultades con las que se encuentran estos discursos, en mi opinión, se trata de críticas a la cultura muy interesantes y significativas que, aún hoy, aunque con algunas diferencias, siguen señalando problemas que continúan presentes. Considero, por tanto, muy revelador que las críticas que estas mujeres

² Las dificultades con las que se encuentran las mujeres que realizan análisis feministas sobre la sociedad y sus costumbres es aún muy frecuente. El machismo no es algo superado, sigue siendo estructural, y se muestra en toda su crudeza ya sea por internet o a través de ataques directos. Ver <http://lab.eldiario.es/diadelamujer/acoso/> y http://www.eldiario.es/desalambre-/llaman-radicales-exageradas-defender-derechos_0_492051515.html [Consultado el 26 de marzo de 2016].

hicieron a la sociedad de los años 70 todavía formen parte de los debates feministas actuales. Me refiero, por ejemplo, a la importancia de la sexualidad como espacio político, el compromiso de efectuar las transformaciones en la propia vida y no solo reclamar la responsabilidad del Estado para la mejora social, la crítica y sospecha permanente hacia el aparato ideológico del Estado porque es un sistema que en realidad no vela por la justicia o la libertad de la ciudadanía, sino que su función principal es mantener el estado de cosas, con la consiguiente defensa de los intereses de quienes son los sujetos privilegiados, etc. La cultura continúa legitimando y justificando que se privilegie a unas personas en detrimento de otras.

El desarrollo y la problematicidad de alguno de los elementos descritos están, de modo significativo, en la obra de Judith Butler. Esta autora no propone, en rigor, otra cultura, al modo particular del feminismo radical, pero sí se ocupa de mostrar los daños causados, y avalados por la sociedad, a determinados sujetos y corporalidades, de manera que toda la cultura se pone en cuestión bajo la permanente sospecha de haber infringido importantes agravios a personas no privilegiadas, así como de respaldar situaciones de injusticia. Esta perspectiva crítica la lleva a cabo desde el inicio de sus reflexiones, en *El género en disputa*, hasta sus últimas obras. Por ejemplo, en *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, afirma:

Pero me parece que, actualmente, está ocurriendo algo más fundamental, a saber, la creencia de que las libertades se basan en una cultura hegemónica, una cultura que se llama “modernidad”, que se basa, a su vez, en un número de libertades en constante progresión. Este ámbito no crítico de “cultura”, que funciona como precondition de la libertad liberal, se convierte asimismo en base cultural para sancionar formas de odio y abyección de índole cultural y religiosa (Butler, 2010: 156).

Y no solo se pueden apreciar estos análisis que surgieron en el feminismo radical en las obras de Butler, sino que también se pueden encontrar otras alusiones a los planteamientos hechos por este feminismo en numerosas autoras, igualmente presentes en los debates feministas actuales, por ejemplo en Luisa Muraro:

Me refiero a la práctica de reunirse entre mujeres y de hablar de nosotras tal y como se nos ocurría, independientemente de cualquier discurso ya hecho. En ese punto dejó de funcionar una enorme máquina discursiva del poder que actuaba dentro de nosotras y a nuestra costa. Hemos llamado a esa práctica autoconciencia (Muraro, 2011: 39, traducción mía).

Luisa Muraro en este fragmento muestra la gran capacidad transformadora de los grupos de autoconciencia así como de los pequeños gestos tales como dejar de dar crédito a la lógica del poder, esto es, romper con esa lógica, no contar con ella y comenzar a pensar de otra manera. De esta forma, considera Luisa Muraro, es posible acabar con el sometimiento que supone aceptar lugares comunes del pensamiento, ya que muchos de ellos impiden que nos hagamos cargo de la responsabilidad que tenemos cuando nos inhibimos o aceptamos ideas que legitiman situaciones de desigualdad.

El feminismo radical fue un movimiento de la década de los años 70 del siglo XX, pero muchos de sus análisis forman parte, aunque con importantes diferencias, del

debate actual de las reflexiones feministas. Es cierto que este feminismo llevó a cabo observaciones muy críticas, pero también lo es que para hacer los cambios necesarios hay que ser conscientes de lo que funciona mal y de lo que es necesario corregir, incluso si se trata de modificaciones estructurales profundas de la cultura a la que pertenecemos.

BIBLIOGRAFÍA

- BOCCIA, Maria Luisa (1990). *L'io in rivolta. Vissuto e pensiero di Carla Lonzi*. Milán: La Tartaruga.
- (2014). *Con Carla Lonzi. La mia opera è la mia vita*. Roma: Ediesse.
- BUTLER, Judith (2010), *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Madrid: Paidós Ibérica.
- (2011). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Madrid: Paidós.
- CHINESE, Maria Grazia, LONZI, Carla, LONZI, Marta y JAQUINTA, Anna (1977). *È già politica*. Milán: Scritti di Rivolta Femminile.
- CONTE, Lara, FIORINO, Vinzia y MARTINI, Vanessa (ed.) (2011). *Carla Lonzi: la duplice radicalità. Dalla critica militante al Femminismo di Rivolta*. Florencia: Edizioni ETS.
- FRIEDAN, Betty. (1965). *La mística de la feminidad*. Barcelona: Sagitario.
- (1983). *La segunda fase*. Barcelona: Plaza y Janes.
- LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN (2004). *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo*. Madrid: Horas y horas.
- (2006). *La cultura patas arriba. Selección de la Revista Sottosopra (1973-1996)*. Madrid: Horas y horas.
- LONZI, Carla (1975). *Escupamos sobre Hegel. Y otros escritos de Liberación femenina*. Buenos Aires: La Pleyade.
- (1978). "Mito della proposta culturale", en FONTE, Moderata y LONZI, Carla, *La presenza dell'uomo nel femminismo*. Milán: Scritti di Rivolta Femminile, n. 9, pp. 137-154.
- (1985). *Scacco ragionato. Poesie dal '58 al '63*. Milán: Scritti di Rivolta Femminile.
- (2010). *Taci, anzi parla. Diario di una femminista*, vol. I (1972-1973) y vol. II (1974-1977). Milán: Et al. Edizioni.
- (2011). *Vai pure. Dialogo con Pietro Consagra*. Milán: Et al. Edizioni.
- LONZI, Marta y JAQUINTA, Anna (1985). "Biografía", en LONZI, Carla. *Scacco ragionato. Poesie dal '58 al '63*. Milán: Scritti di Rivolta Femminile, pp. 9-73.

LONZI, Marta, JAQUINTA, Anna, FONTE, Moderata y LONZI, Carla (1978). *La presenza dell'uomo nel femminismo*. Milán: Scritti di Rivolta Femminile.

LORDE, Audre (2003). *La hermana, la extranjera*. Madrid: Horas y horas.

MILLET, Kate (2010). *Política sexual*. Madrid: Cátedra.

MURARO, Luisa (2011). *Non è da tutti. L'indicibile fortuna di nascere donna*. Roma: Carocci.

RIVOLTA FEMMINILE (1978). "Il lesbismo non è un'alternativa politica", en LONZI, Marta, JAQUINTA, Anna, FONTE, Moderata y LONZI, Carla, *La presenza dell'uomo nel femminismo*. Milán: Scritti di Rivolta Femminile, n. 9, pp. 176-177.

SARACHILD, Kathie (1970): "A Program for Feminist 'Consciousness Raising'". *Notes (From the Second Year): Radical Feminism*, Nueva York. pp. 78-80.

